



Que ya veremos **si va a resultar** o no



[1]

– Que resultó no resultar porque resultó — le explico, porque quiero que entienda que si las cosas no han prosperado por esa vía no ha sido por causa de algo de lo que yo sea responsable — que, ella misma me lo confesó, había sido muchas cosas *en esta vida tan destartaladísima que llevo*, y que, alg...

– Algún día, cuando tuvieseis más confianza — sigue él, como si recitara, como si estuviese repitiendo de memoria algo requetesabido —, si vuestra relación no se iba a pique como se habían ido *a la mierda tantísimos otros buenos principios... ¡sí yo le contara!... ¿Verdad?* — Me pregunta él a mí, como queriendo significar “¿es cierto lo que digo o no lo es?” — Pero que siguieras, con lo tuyo, *con lo suyo, que no lo quiero entretener que ya tiene usted hoy bastante lío* porque fue una tarde..., lo recuerdas bien — asegura, apuntando a los papeles con su índice mientras habla — muy complicada, de mucha tensión y enormes dificultades técnicas por culpa de un avión que no te salía.

– Un sombrero — rectifico.

– ¿Un sombrero? — Él.

– Un sombrero, sí — insisto —; no me salía pero era un sombrero.

– Como quieras — él, como deseando zanjar el asunto de cualquier manera —: un sombrero. Pero...

– Un sombrero samurái; concretamente.

– Tú sabrás — él, un poquito impaciente, como contrariado —, pero... ¿Ya sabías hacer para entonces la pajarita y el dado? Porque yo no es que quiera desanimarte — dice — pero a mí me parece que el sombrero, samurái encima, para un principiante...

– Pues no sé... A lo mejor es que aprendo muy deprisa...

– Puede ser — concede, aunque me parece que de mala gana. Y zanja —: te contaría, dijo, pero que una

Que ya veremos **si va a resultar** o no

[2]

chica así, tan mona, y con aquellas botitas tan coquetas que tú le describías, le parecía que no... ¿Verdad, cariño?

– “Verdad, cariño”... ¿A qué viene ese sarcasmo?

– Ella; ella – golpeando con el dedo él sobre los papeles. Y, algo irritado, me explica –: ¡ella, al marido, desde lejos, que está en otra habitación y le habla, desde lejos, ella, con la mano¹ en el picaporte de la puerta levantando la voz *verdad, cariño...!* ¿Es tan difícil escribir algo tan sencillo?

– No; claro – yo.

– Pues entonces... ¡joder!

– Lo que no entiendo – arguyo, un poco balbuciente porque a veces me pone nervioso – es por qué hay que ponerse así.

– ¡Así o de cualquier otra manera! – Responde, en el mismo tono – Lo que quiero que entiendas es que...

– Está bien – le digo –; está bien...

– Al marido – él otra vez –, que se quedó un poco pensativo y terminó por decir “pues fíjate que yo diría que a mí me suenan”.

– ¿Te suenan – ella, dice, *arrugando con incredulidad la nariz y mirándome, dices tú, con cara de*

¹ La derecha, en concreto, enfundada en guante de goma y sosteniendo, en la otra, también enguantada, una bayeta chorreante porque se hallaba hoy, ella, atareada en una de esas engorrosas limpiezas a fondo tan necesarias de vez en cuando en los hogares pero tan poco decorativa y nada favorecedora para su bien amada (de mi amigo) heroína para la que siempre ha deseado lo mejor y verla envuelta en halos perfumados, derrochando glamur.

Yo le hago notar que su ambición es un tanto descabellada; pues ha de tenerse en cuenta que se trata de una familia de clase media cuyos únicos ingresos consisten en el modesto sueldo de un funcionario subalterno con el que han de cubrir sus necesidades el matrimonio, los dos niños y la pareja de ancianos.

Que ya veremos **si va a resultar** o no

[3]

“no le haga caso” —, te suenan de verdad unas botitas con... perdón: cómo ha dicho usted que eran?

– Con vueltas de piel, contesto — escribes. Dice.

– “Vueltas de piel”, ella. Escribes — dice —, “cariño”.

– “Puede que un poco vagamente”, él, “pero sí, querida”.

– Tonterías...

– ¿Tonterías?

– Ella, hombre — yo, que parece que lo voy pillando —; ella dice “¡Tonterías!”.

– Ah; bueno.

Continuará²

Continuaráⁱ

ⁱ –Porque ahora — dice —, por aquello de que lo voy pillando y empiezo a tener las cosas claras, parece que me siento más animado.

Pero cuando muy pocos días después volvimos a vernos lo encontré deprimido.

– ¿Qué te pasa? — le dije, cerrando la carpeta y dejándola a un lado.

– Nada — repuso — ¿Qué quieres que me pase?

– Nada...

– ¡Pues a ver si es verdad! — contestó, con un algo de sarcasmo y pidiendo “a ver esos malditos folios” que *hoy, dijo, tengo poco tiempo que perder.*

– No — y para reforzar mi negativa, recuerdo, coloqué sobre la carpeta el paquete de tabaco y el mechero —; si no estás de humor será mej...

² – Escribes — dice — y, entre paréntesis: (Si consigo vencer su escepticismo).

Que ya veremos **si va a resultar** o no

[4]

– ¿Vas a empezar de nuevo? — inquirió. Y parecía francamente molesto.

– No. Bueno... — titubeé —; quiero decir “no sé”. Mi intención era seguir porque, como la otra tarde parecías satisfech...

– ¿Y cuánto puede importar eso?

– Pues mucho. Después de todo tú eres el escritor, el que sabe de esto; y yo había pensado que si estabas content...

– ¡Y dale conmigo!

– Vale, vale... Hoy no estás de humor; es por eso que...

– ¿Te querrás olvidar de mi humor? — inquiera — ¿Te podrás olvidar de mi jodido humor y entrar en materia de una maldita vez y en serio?

– Sí, pero otro día; otro día que te encuentres en mejor predisposi...

– ¡A mi predisposición que la zurzan! ¿Te enteras?

– De acuerdo...

– “De acuerdo”, no — rebate —. Lo dices con desgana, sin entusiasmo, sin prestar atención a lo que si de verdad estás dispuesto a colaborar debe ocuparte...

– ¡“Si de verdad estás dispuesto a colaborar”! — y me siento dolido, casi menospreciado — Sabes de sobra, y a la vista está — aparto el tabaco y el mechero; abro la carpeta y doy un palmetazo sobre los folios — que estoy poniendo toda mi mejor voluntad en esto...

– No; si sí — admite, aunque como que a regañadientes —: buenísima a lo mejor lo es, pero tan débil, tan irresoluta, tan huidiza y timorata...

– ¡Hiriente! — lo corto, cerrando la carpeta de nuevo y volviendo a poner sobre ella el tabaco y el mechero — Hiriente y ofensivo, estás también.

No contesta. Se queda un rato en silencio, con la cabeza entre las manos. Luego se endereza, pide a la camarera un café “por favor doble”, tabalea sobre el tablero, infla los carrillos y sopla emitiendo una especie de brrr o algo así, se rasca la frente y dice *verás...*

– Verás... — dice.

Pero se para para, entornando un ojo, preguntar si voy a ser capaz de comprenderlo.

Que ya veremos **si va a resultar** o no

[5]

Le contesto que lo intentaré y él dice *de acuerdo* y que pues entonces deje de marear la perdiz, y de ocuparme de él garabateando si está de tal humor o de tal otro, y de poner en su boca cosas que él me ha dicho que — le parece a él y *si no*, me sugiere, *tómate la molestia de pararte a pensarlas un poco* y que ya veré cómo chirrían — quedarían bastante mejor si me las llamase yo mismo.

- ¿Como qué, por ejemplo? — le pregunto.
- Como que eres un escritor de mierda — dice.
- ¿Ah; sí?
- Sí: “Un escritor de mierda”, dije.
- Vale; ya me he enterado... ¿Y?
- Pues que no me gusta...
- ¿Y qué es lo que quieres que yo haga?

Se encoge de hombros y dice que él qué sabe; que si es que me lo tiene que dar todo resuelto y masticado; y que piense algo, una fórmula que posibilite el que sea yo mismo quien hable de mí despectivamente porque, con independencia de su opinión *que voy a reservarme y además ya te he dicho que de mí no hables*, dice, le da al escrito más... no sabría él decir si *credibilidad o calidad literaria* de manera que, concluye, haga el puñetero favor de *si no te resulta demasiada molestia* decidirlo yo.